

tir dentro del mismo puerto, y tenían a punto su ropa y pasamaques (que son sus zapatos), para huirse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: ¡tanto era el miedo que habían cobrado a nuestra armada! Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que a los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió a Modón, que es una isla que está junto a Navarino; y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estuvose quedo hasta que el señor don Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba *La Presa*, de quien era capitán un hijo de aquel famoso cosario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles, llamada *La Loba*, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitán, don Alvaro de Bazán, Marqués de Santa Cruz; y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de *La Presa*.

Era tan cruel el hijo de Barba Roja, y trataba tan mal a sus cautivos, que así como los que venían al remo vieron que la galera *Loba* les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos a un tiempo los remos y asieron de su capitán, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa; y pasándole de banco en banco, de popa a proa, le dieron tantos bocados, que a poco más que pasó del árbol, ya había pasado su ánima al infierno: ¡tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenían!

Volvímos a Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella cómo el señor don Juan había ganado a Túnez, y quitado aquel reino a los turcos, y puesto en posesión del a Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver a reinar en él tenía Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco; y usando de la sagacidad que todos los de su casta tienen, hizo paz con los venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió a la Goleta y al fuerte que junto a Túnez había dejado medio levantado el señor don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; a lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenía determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia a mi padre.

CAPÍTULO XL

Donde se prosigue la historia del Cautivo.

En resolución, la armada volvió a Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí a pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir, en lengua turquesca, *el renegado tiñoso*, porque lo era; y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, o de alguna virtud que en ellos haya, y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro apellidos de linajes que descienden de la casa otomana, y los demás, como tengo dicho, toman nombre y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del ánimo; y este tiñoso bogó al remo, siendo esclavo del Gran Señor, catorce años, y a más de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dió un bofetón, y por poderse vengar dejó su fe; y fué tanto su valor, que, sin subir por los torpes medios y caminos que los más privados del Gran Turco suben, vino a ser rey de Argel, y después a ser general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorío. Era calabrés de nación, y moralmente fué hombre de bien; trataba con mucha humanidad a sus cautivos, que llegó a tener tres mil, los cuales después de su muerte se repartieron, como él lo dejó en su testamento, entre el Gran Señor (que también es hijo heredero de cuantos mueren, y entra a la parte con los demás hijos que deja el difunto) y entre sus renegados; y yo cupe a un renegado veneciano, que, siendo grumete de una nave, le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto, que fué uno de los más regalados garzones suyos, y él vino a ser el más cruel renegado que jamás se ha visto.

Llamábase Azán Bajá, y llegó a ser muy rico y a ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla, algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir a nadie el desdichado suceso mío, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya había probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazón ni ventura; y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba; porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando, en lo que fabricaba, pensaba y ponía por obra, no correspondía el suceso a la intención, luego, sin abandonarme, fingía y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenía la vida, encerrado en una prisión o casa que los turcos llaman *baño*, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del

Rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacén, que es como decir cautivos del concejo, que sirven a la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios; y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que, como son del común, y no tienen amo particular, no hay con quién tratar su rescate, aunque le tengan. A estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. También los cautivos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demás chusma, si no es cuando se tarda su rescate; que entonces, por hacerles que escriban por él con más ahinco, les hacen trabajar y ir por leña con los demás, que es un no pequeño trabajo.

Yo, pues, era uno de los de rescate; que, como se supo que era capitán, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusieronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella; y así, pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate; y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos a veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oír y ver a cada paso las jamás vistas ni oídas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba a aquél; y esto por tan poca ocasión y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español, llamado tal de SAAVEDRA (1), al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra; y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que había de ser empalado, y así lo temió él más de una vez; y si no fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia.

Digo, pues, que encima del patio de nuestra prisión caían las ventanas de la casa de un moro rico y principal; las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y aun éstas se cubrían con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció, pues, que un día, estando en un terrado de nuestra prisión con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos

(1) El mismo CERVANTES.

(porque todos los demás cristianos habían salido a trabajar), alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas, que he dicho, parecía una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandiendo y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos a tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué a ponerse debajo de la caña, por ver si la soltaban o lo que hacían; pero así como llegó, alzaron la caña y la movieron a los dos lados como si dijieran *no con la cabeza*. Volvióse el cristiano y tornáronla a bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente, fué el tercero, y avinole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto, no quise dejar de probar la suerte; y así como llegué a ponerme debajo de la caña, la dejaron caer, y dió a mis pies dentro del baño. Acudí luego a desatar el lienzo, en el cual ví un nudo, y dentro dél venían diez cianis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros.

Si me holgué con el hallazgo, no hay para qué decirlo; pues fué tanto el contento como la admiración de pensar de dónde podía venirnos aquel bien, especialmente a mí; pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino a mí, claro decían que a mí se hacía la merced. Tomé y besé el dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y ví que por ella salía una muy blanca mano, que la abrían y cerraban muy apriesa. Con esto entendimos o imaginamos que alguna mujer, que en aquella casa vivía, nos debía de haber hecho aquel beneficio; y en señal de que lo agradecíamos, hicimos zalemas a uso de moros, inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí a poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron a entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debía de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacía; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debía de ser cristiana renegada, a quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y aun lo tienen a ventura, porque las estiman en más que las de su nación. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso; y así, todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte a la ventana donde nos había aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince días en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna; y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber quién en aquella casa vivía, y si había en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivía un moro

principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que había sido de la Plata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando más descuidados estábamos de que por allí habían de llover más cianis, vimos a deshora parecer la caña y otro lienzo en ella, con otro nudo más crecido; y esto fué a tiempo que estaba el baño, como la vez pasada, solo y sin gente.

Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno, primero que yo, de los mismos tres que estuvieron conmigo; pero a ninguno se rindió la caña sino a mí; porque en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en árabe, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todas nuestras zalemas, tornó a parecer la mano, hice señas que leería el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no entendía el árabe, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenía, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado, natural de Murcia, que se había dado por grande amigo mío, y puesto prendas entre los dos, que le obligaban a guardar el secreto que le encargase; porque suelen algunos renegados, cuando tienen intención de volverse a tierra de cristianos, traer consigo algunas firmas de cautivos principales, en que dan fe, en la forma que pueden, cómo el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien a cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera ocasión que se le ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intención; otros se sirven dellas usando de industria; porque, viniendo a robar a tierra de cristianos, si a dicha se pierden o los cautivan, sacan sus firmas y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venían, el cual era de quedarse en tierra de cristianos, y que por eso venían en corso con los demás turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu, y se reconcilian con la Iglesia sin que se les haga daño; y cuando ven la suya, se vuelven a Berbería a ser lo que antes eran. Otros hay que usan destos papeles y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenía firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible; y si los moros le hallaran estos papeles, le quemaran vivo.

Supe que sabía muy bien el árabe, y no solamente hablarlo, sino escribirlo; pero antes que del todo me declarase con él, dije que me leyese aquel papel, que acaso me había hallado en un agujero de mi rancho. Abriólo, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando s dientes. Preguntéle si lo entendía; díjome que muy bien, y que

si quería que me lo declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedía, y él poco a poco lo fué traduciendo, y en acabando, dijo: «Todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y hase de advertir que adonde dice: *Lela Marien*, quiere decir: *Nuestra Señora, la Virgen María*.» Leímos el papel y decía así:

«Cuando yo era niña, tenía mi madre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Marien. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque después la ví dos veces, y me dijo que me fuese a tierra de cristianos a ver a Lela Marien, que me quería mucho. No sé yo cómo vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer cómo nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres; y si no quisieres, no se me dará nada; que Lela Marien me dará con quien me case. Yo escribo esto; mira a quién lo das a leer; no te fies de ningún moro, porque son todos marfuces. Desto tengo mucha pena; que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque, si mi padre lo sabe, me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo: ata allí la respuesta; y si no tienes quien te escriba árabe, dímelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella y Alá te guarden, y esa cruz, que yo beso muchas veces; que así me lo mandó la cautiva.»

Mirad, señores, si era razón que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de manera, que el Renegado entendió que no acaso se había hallado aquel papel, sino que realmente a alguno de nosotros se había escrito; y así, nos rogó que, si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél y se lo dijésemos; que él aventuraría su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto, sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imagen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creía, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecía y casi adivinaba que por medio de aquella que aquel papel había escrito, había él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa Iglesia, su madre, de quien, como miembro podrido, estaba dividido y rpaatado por su ignorancia y pecado.

Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el Renegado, que todos de un mismo parecer consentimos y venimos en

declararle la verdad del caso; y así, le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecía la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivía. Acordamos ansimesmo que sería bien responder al billete de la mora; y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el Renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efeto, lo que a la mora se le respondió fué esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mía, y aquella bendita Marien que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en el corazón que te vayas a tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte a entender cómo podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte, y de la de todos estos cristianos que están conmigo, te ofrezco de hacer por ti todo lo que pudiéremos, hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer; que yo te responderé siempre; que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien, como lo verás por este papel. Así que, sin tener miedo, nos puedes avisar de todo lo que quisieres. A lo que dices, que si fueres a tierra de cristianos, que has de ser mi mujer, yo te lo prometo como buen cristiano; y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen, mejor que los moros. Alá y Marien, su madre, sean en tu guarda, señora mía.»

Escrito y cerrado este papel, aguardé dos días a que estuviese el baño solo, como solía; y luego salí al paseo acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecía, que no tardó mucho en asomar. Así como la vi, aunque no podía ver quién la ponía, mostre el papel, como dando a entender que pusiesen el hilo; pero ya venía puesto en la caña, al cual abrió el papel, y de allí a poco tornó a parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejéronla caer, y alcéla yo, y hallé en el paño, en toda suerte de moneda de plata y de oro, más de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces más doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro Renegado, y nos dijo que había sabido que en aquella casa vivía el mismo moro que a nosotros nos habían dicho, que se llamaba Agümorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenía una sola hija, heredera de toda su hacienda, y que era común opinión en toda la ciudad ser la más hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que all

venían la habían pedido por mujer, y que ella nunca se había querido casar, y que también supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se había muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venía en el papel. Entramos luego en consejo con el Renegado en qué orden se tendría para sacar a la mora y venirnos todos a tierra de cristianos; y en fin, se acordó por entonces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María; porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que había de dar remedio a todas aquellas dificultades. Después que quedamos en esto, dijo el Renegado que no tuviésemos pena; que él perdería la vida, o nos pondría en libertad. Cuatro días estuvo el baño con gente, que fue ocasión que cuatro días tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales, en la acostumbrada soledad del baño, pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometía. Inclínose a mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaba allí el Renegado, dímosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decía:

«Yo no sé, mi señor, cómo dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado. Lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro; rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca, y vuelva por los demás; y a mí me hallará en el jardín de mi padre, que está a la puerta de Babazón, junto a la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados; de allí, de noche me podréis sacar sin miedo y llevarme a la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si no, yo pediré a Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescatate tú y ve; que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardín; y cuando te pasees por ahí, sabré que está solo el baño y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mío.»

Esto decía y contenía el segundo papel; lo cual visto por todos, cada uno se ofreció a querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y también yo me ofrecí a lo mismo; a todo lo cual se opuso el Renegado, diciendo que en ninguna manera consentiría que ninguno saliese en libertad, hasta que fuesen todos juntos; porque la experiencia le había mostrado cuán mal cumplían los libres las palabras que daban en el cautiverio; porque muchas veces habían usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando a uno que fuese a Valencia o Mallorca con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habían rescatado, y nunca habían vuelto; porque la libertad

alcanzada, y el temor de volver a perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmación de la verdad que nos decía, nos contó brevemente un caso, que casi en aquella misma sazón había acaecido a unos caballeros cristianos, el más extraño que jamás sucedió en aquellas partes, donde a cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiración. En efecto, él vino a decir que lo que se podía y debía hacer era, que el dinero que se debía de dar para rescatar al cristiano, que se le diese a él para comprar allí en Argel una barca, con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuán y en aquella costa; y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daría traza para sacarnos del baño y embarcarnos a todos: cuanto más que si la mora, como ella decía, daba dineros para rescatarnos a todos, que estando libres, era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del día, y que la dificultad que se ofrecía mayor era, que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, si no es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse a tierra de cristianos; pero que él facilitaría este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese a la parte con él en la compra de la barca y en la ganancia de las mercancías; y con esta sombra él vendría a ser señor de la barca, con que daba por acabado todo lo demás. Y puesto que a mí y a mis camaradas nos había parecido mejor lo de enviar por la barca a Mallorca, como la mora decía, no osamos contradecirle, temerosos que si no hacíamos lo que él decía, nos había de descubrir y poner a peligro de perder las vidas, si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todas las nuestras; y así, determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del Renegado; y en aquel mismo punto se le respondió a Zoraida, diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo había advertido tan bien como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio o ponello luego por obra.

Ofrecíle de nuevo de ser su esposo; y con esto, otro día que acaeció estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decía que el primer *juma*, que es el viernes, se iba al jardín de su padre, y que antes que se fuese, nos daría más dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos; que nos daría cuanto le pidiésemos, que su padre tenía tanto, que no lo echaría menos; cuanto más, que ella tenía las llaves de todo.

Dimos luego quinientos escudos al Renegado para comprar la barca con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero a un mercader valenciano

que a la sazón se hallaba en Argel, el cual me rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaría mi rescate; porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que había muchos días que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader, por sus granjerías, lo había callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví a que luego se desembolsase el dinero. El jueves, antes del viernes que la hermosa Zoraida se había de ir al jardín, nos dió otros mil escudos, y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase, supiese luego el jardín de su padre, y que en todo caso buscase ocasión de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que así lo haría, y que tuviese cuidado de encomendarnos a Lela Marien con todas aquellas oraciones que la cautiva le había enseñado. Hecho esto, dióse orden en que los tres compañeros míos se rescatasen, por facilitar la salida del baño, y porque, viéndome a mí rescatado y a ellos no, pues había dinero, no se alborotasen, y les persuadiese el diablo que hiciere alguna cosa en perjuicio de Zoraida; que, puesto que el ser ellos quien eran me podía asegurar deste temor, con todo eso, no quise poner el negocio en aventura; y así, los hice rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza; al cual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que había.

CAPÍTULO XLI

Donde todavía prosigue el Cautivo su suceso.

No se pasaron quince días, cuando ya nuestro Renegado tenía comprada una muy buena barca, capaz de más de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje a un lugar que se llama Sargel, que está veinte leguas de Argel, hacia la parte de Orán, en el cual hay mucha contratación de higos pasos. Dos o tres veces hizo este viaje en compañía del tagarino que había dicho. *Tagarinos* llaman en Berbería a los moros de Aragón, y a los de Granada *mudéjares*; y en el reino de Fez llaman a los mudéjares *elches*, los cuales son la gente de quien aquel Rey más se sirve en la guerra. Digo, pues, que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardín donde Zoraida esperaba; y allí, muy de propósito, se ponía el Renegado con los morillos que bogaban el remo, o ya a

hacer la zalá, o ya a ensayarse de burlas a lo que pensaba hacer de veras, y así se iba al jardín de Zoraida y pedía fruta, y su padre se la daba sin conocele. Y aunque él quisiera hablar a Zoraida, como él después me dijo, y decille que él era el que, por orden mía, la había de llevar a tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, por que las moras no se dejan ver de ningún moro ni turco, si no es que su marido o su padre se lo manden; de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun más de aquello que sería razonable; y a mí me hubiere pesado que él la hubiera hablado; que quizá la alborotara, viendo que su negocio andaba en boca de renegados. Pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro Renegado tenía, el cual, viendo cuán seguramente iba y venía a Sargel, y que daba fondo cuando y como y adonde quería, y que el tagarino su compañero no tenía más voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que sólo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuáles quería traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenía de terminado que fuese nuestra partida. Viendo esto, hablé a doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que más libremente podían salir de la ciudad; y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habían llevado toda la gente de remo, y éstos no se hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano, sin ir en corso, a acabar una galeota que tenía en astillero a los cuales no les dije otra cosa sino que el primer viernes en la tarde se saliesen uno a uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardín de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese.

A cada uno di este aviso de por sí, con orden que aunque allí vieses otros cristianos, no les dijese sino que yo les había mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenía, y era la de avisar a Zoraida en el punto que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobre saltase si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podía imaginar que la barca de cristianos podía volver; y así, determiné de ir al jardín y ver si podría hablarla; y con ocasión de coger algunas yerbas un día antes de mi partida fui allá, y la primera persona con quien me encontré fué con su padre, el cual me dijo... en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca ni castellana ni de otra nación alguna, sino una mezcla de todas las lenguas, con la cual todos nos entendemos... digo, pues, que en

esta manera de lenguaje me preguntó que qué buscaba en aquel su jardín, y de quién era.

Respondíle que era esclavo de Arnaute Mamí (y esto porque sabía yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo), y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada.

Preguntóme, por el consiguiente, si era hombre de rescate o no, y que cuánto pedía mi amo por mí.

Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardín la bella Zoraida, la cual ya había mucho que me había visto; y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse a los cristianos, ni los moros tampoco se le estorban, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego, cuando su padre vió que venía y de espacio, la llamó y mandó que llegase.

Así como ella llegó, le dijo su padre en su lengua cómo yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venía a buscar ensalada.

Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba.

Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podía echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues había dado por mí mil y quinientos zoltanis; a lo cual ella respondió:

«—En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros, cristianos, siempre mentís en cuanto decís, y os hacéis pobres por engañar a los moros.

»—Bien podría ser eso, señora—le respondí—; mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo.

»—Y ¿cuándo te vas?—dijo Zoraida.

»—Mañana, creo yo—dije—, porque está aquí un bajel de Francia, que se hace mañana a la vela, y pienso irme en él.

»—¿No es mejor—replicó Zoraida—esperar a que vengan bajeles de España y irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos?

»—No—respondí yo—; aunque si, como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es más cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejaré esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea.

»—Debes de ser sin duda casado en tu tierra—dijo Zoraida—, y por eso deseas ir a verte con tu mujer.

«No soy—respondí yo—casado; mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá.

«Y ¿es hermosa la dama a quien se la diste?—dijo Zoraida.

«Tan hermosa es—respondí yo—, que, para encarecella y decirte la verdad, se parece a ti mucho.»

Desto se riyó muy de veras su padre, y dijo: «Gualá, cristiano, que debes de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la más hermosa de todo este reino; si no, mírala bien, y verás como te digo verdad.» Servíanos de intérprete a las más destas palabras y razones el padre de Zoraida, como más ladino; que, aunque ella hablada la bastarda lengua que, como he dicho, allí se usa, más declaraba su intención por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones, llegó un moro corriendo, y dijo a grandes voces que por las bardas o paredes del jardín habían saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta, aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo, y lo mismo hizo Zoraida, porque es común y casi natural el miedo que los moros a los turcos tienen, especialmente a los soldados, los cuales son tan insolentes y tienen tanto imperio sobre los moros que a ellos están sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos.

Digo, pues, que dijo su padre a Zoraida: «Hija, retírate a la casa y enciértrate, en tanto que yo voy a hablar a estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas y vete en buen hora, y llévete Alá con bien a tu tierra.»

Yo me incliné, y él se fué a buscar los turcos, dejándome solo con Zoraida, que comenzó a dar muestras de irse donde su padre la había mandado; pero apenas él se encubrió con los árboles del jardín, cuando ella, volviéndose a mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: «¿Tamejí, cristiano, *tamejí*?», que quiere decir ¿vaste, cristiano, vaste?»

Yo la respondí: «Señora, sí; pero no en ninguna manera sin ti: el primer jumá me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas; que sin duda alguna iremos a tierra de cristianos.»

Yo le dije esto de manera, que ella me entendió muy bien a todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó a caminar hacia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre, que ya vovía de hacer ir a los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos había visto; pero Zoraida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más a mí, y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando

un poco las rodillas, dando claras señas y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo dí a entender que la sostenía contra mi voluntad.

Su padre llegó corriendo adonde estábamos; y viendo a su hija de aquella manera, le preguntó que qué tenía; pero, como ella no le respondiese, dijo su padre: «Sin duda alguna que, con el sobresalto de la entrada destes canes, se ha desmayado»; y quitándola del mío, la arrimó a su pecho; y ella, dando un suspiro y aún no enjutos los ojos de lágrimas, volvió a decir: «*Amejí*, cristiano, *amejí*: vete, cristiano, vete.

A lo que su padre respondió: «No importa, hija, que el cristiano no se vaya; que ningún mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre; pues, como ya te he dicho, los turcos, a mi ruego, se volvieron por donde entraron.»

Con esto me despedí al punto de entrambos; y ella, arrancándosele el alma, al perecer, se fué con su padre, y yo, con achaque de buscar las yerbas, rodeé muy bien y a mi placer todo el jardín; miré bien las entradas y salidas y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podía ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y dí cuenta de cuanto había pasado al Renegado y a mis compañeros. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el día y plazo de nosotros tan deseado; y siguiendo todos el orden y parecer que con discreta consideración y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viernes que se siguió al día que yo con Zoraida hablé en el jardín, el Renegado al anochecer dió fondo con la barca, casi frotero de donde la hermosísima Zoraida estaba.

Ya los cristianos que habían de bogar el remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados, aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que a los ojos tenían, porque ellos no sabían el concierto del Renegado, sino que pensaban que a fuerza de brazos habían de haber y ganar la libertad, quitando la vida a los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió, pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron se vinieron llegando a nosotros. Esto era a tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecía. Como estuvimos juntos, dudamos si sería mejor ir primero por Zoraida, o rendir primero a los moros bagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda, llegó a nosotros nuestro Renegado, diciéndonos que ¿en qué nos deteníamos?; que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados, y los más

dellos durmiendo. Dijémosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que más importaba era rendir primero el bajel, que se podía hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien a todos lo que decía, y así, sin detenernos más, haciendo él la guía, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano a un alfanje y dijo en morisco: «Ninguno de vosotros se mueva de aquí, si no quiere que le cueste la vida.» Ya a este tiempo habían entrado dentro casi todos los cristianos.

Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera a su arráez, quedáronse espantados; y sin ninguno de todos ellos echar mano a las armas (que pocas o casi ningunas tenían), se dejaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando a los moros que si alzaban por alguna vía o manera la voz, que luego al punto los pasarían todos a cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el Renegado la guía, fuimos al jardín de Agimorato; y quiso la buena suerte que, llegado a abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera; y así, con gran quietud y silencio llegamos a la casa, sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos a una ventana; y así como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos *nizarani*, como si dijera o preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí y que bajase. Cuando ella me conoció, no se detuvo un punto, porque, sin responderme palabra, bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse a todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto a encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano y la comencé a besar, y el Renegado hizo lo mismo, y mis tres camaradas, y los demás, que el caso no sabían, hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos; que no parecía sino que le dábamos las gracias y la reconocíamos por señora de nuestra libertad.

El Renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardín.

Ella respondió que sí, y que dormía.

«—Pues será menester despertalle—replicó el Renegado—, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardín.

«—No—dijo ella—; a mi padre no se ha de tocar en ningún modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto, que bien habrá para que todos quedéis ricos y contentos; y esperaos un poco y lo veréis; y diciendo esto, se volvió a entrar, diciendo que muy presto volvería; que nos estuviésemos quedos, sin hacer ningún ruido.

Preguntéle al Renegado lo que con ella había pasado, el cual me lo

contó; a quien yo dije que ninguna cosa se había de hacer más de lo que Zoraida quisiese; la cual ya volvía cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos, que apenas lo podía sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el interin, y sintiese el ruido que andaba en el jardín; y asomándose a la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos; y dando muchas, grandes y desafortadas voces, comenzó a decir en arábigo: «¡Cristianos, cristianos! ¡Ladrones, ladrones!» Por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusión; pero el Renegado, viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros; que yo no osé desamparar a Zoraida, que, como desmayada, se había dejado caer en mis brazos. En resolución, los que subieron se dieron tan buena maña, que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole, atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le había de costar la vida. Y siendo más necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca; que ya los que en ella habían quedado nos esperaban, temerosos de algún mal suceso nuestro. Luego, con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos a Dios de todo corazón, a navegar la vuelta de la isla de Mallorca, que es la tierra de cristianos más cerca; pero, a causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuémos forzoso dejarnos ir a tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no más que sesenta millas de Argel; y asimismo temíamos encontrar por aquel paraje alguna galeota de las que de ordinario venían con mercancía de Tetuán; aunque cada uno por sí y todos juntos presumíamos de que, si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no sólo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con más seguridad pudiésemos acabar nuestro viaje. Iba Zoraida, en tanto que se navegaba, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver a su padre, y sentía yo que iba llamando a Lela Marien que nos ayudase.

Mas como pocas veces o nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado o seguido de algún mal que le turbe o sobresalte, quiso nuestra ventura, que, estando ya engolfados y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados

los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlo menester, con la luz de la luna, que claramente resplandecía, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevándolas un poco a orza el timón, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimesmo hicieron fuerza de timón para darnos lugar que pasásemos.

Habíanse puesto al borde del bajel, a preguntarnos quién éramos, adónde navegábamos y de dónde veníamos; pero, por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro Renegado: «Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses, que hacen a toda ropa.» Por este advertimiento ninguno respondió palabra; y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba a sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería; y, a lo que pareció, las balas venían con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar; y al momento, disparando otra pieza, vino a dar la bala en mitad de nuestra barca, de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero, como nos vimos ir a fondo, comenzamos todos a grandes voces a pedir socorro y a rogar a los del bajel que nos acogiesen, porque no anegábamos. Amainaron entonces, y echando el esquife o barca a la mar entraron en él hasta doce franceses, bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro; y viendo cuán pocos éramos, y cómo el bajel se hundía, nos recogieron diciendo que, por haber usado la descortesía de no respodelles, nos había sucedido aquello. Nuestro Renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar sin que ninguno echase de ver lo que hacía. En resolución, todos pasamos con los franceses, los cuales, después de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo cuanto teníamos, y a Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traía en los pies. Los deseos de aquella gente no se extienden a más que al dinero, y desto jamás se ve harta su codicia, la cual entonces llegó a tanto, que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algún provecho les fueran; y hubo parecer entre ellos de que a todos nos arrojasen a la mar, envueltos en una vela; porque tenían intención de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran bretones; y si nos llevaban vivos, serían castigados, siendo descubierto su hurto. Mas el capitán, que era el que había despojada a mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenía, y que no quería tocar en ningún puerto de España sino irse luego al Océano, y pasar el estrecho de Gibraltar de noche o como pudiese, hasta la Rochela, de donde había salido; y así toma-

ron por acuerdo de darnos el esquife de su navío y todo lo necesario para la corta navegación que nos quedaba, como lo hicieron o tro día, ya a vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubiera pasado por nosotros: ¡tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida!

Cerca de medio día podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algún bizcocho; y el capitán, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entramos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacían, mostrándonos más agradecidos que quejosos: ellos se hicieron a lo largo, siguiendo la derrota del Estrecho; nosotros, sin mirar a otro norte que a la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta prisa a bogar, que al poner el sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, a nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche; pero, por no parecer en aquella noche la luna y el cielo mostrarse oscuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecía, diciendo que diésemos en ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque así aseguraríamos el temor, que de razón se debía tener, que por allí anduviesen bajeles de corsarios de Tetúan, los cuales anohecen en Berbería, y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa, y se vuelven a dormir a sus casas; pero, de los contrarios pareceres, el que se tomó fué, que nos llegásemos poco a poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos.

Hízose así, y poco antes de la media noche sería cuando llegamos al pie de una deformísima y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos a tierra, besamos el suelo, y con lágrimas de dulcísimo conteto dimos todos gracias a Dios, Señor nuestro, por el bien tan incomparable que nos había hecho en nuestro viaje; sacamos de la barca los bastimentos que tenía, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña; porque aun allí estábamos, y aún no podíamos asegurar el pecho ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenía.

Amaneció más tarde, a mi parecer, de lo que quisiéramos; acabamos de subir toda la montaña, por ver si desde allí algún poblado se descubría o algunas cabañas de pastores; pero, aunque más tendimos la vista, ni po-

blado, ni personas, ni senda ni camino descubrimos. Con todo esto, deteminamos de entrarnos la tierra adentro, pues no podría ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia della; pero lo que a mí me fatigaba era ver ir a pie a Zoraida por aquellas asperezas; que, puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, más le cansaba a ella mi cansancio que la reposaba su reposo; y así nunca más quiso que yo aquel trabajo tomase; y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado, cuando llegó a nuestros oídos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca había ganado; y mirando todos con atención si alguno se parecía, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo.

Dimos voces, y él, alzando la cabeza, se puso ligeramente en pie, y, a lo que después supimos, los primeros que a la vista se le ofrecieron fueron el Renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros, pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó a dar los mayores gritos del mundo, diciendo: «¡Moros! ¡Moros hay en la tierra! ¡Moros, moros! ¡Arma, arma!»

Con estas voces quedamos todos confusos y no sabíamos qué hacernos; pero, considerando que las voces del pastor habían de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa había de venir luego a ver lo que era, acordamos que el Renegado se desnudase las ropas de turco, y se vistiese un gileco o casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa; y así, encomendándonos a Dios, fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuándo había de dar sobre nosotros la caballería de la costa; y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aún no habrían pasado dos horas, cuando, habiendo ya salido de aquellas malezas a un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza, corriendo a media rienda, a nosotros se venían; y así como los vimos, nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasión por que un pastor había apellidado al arma.

Sí, dije yo; y queriendo comenzar a decirle mi suceso, y de dónde veníamos y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venían conoció al jinete que nos había hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme a mí decir más palabra: «¡Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conducido! Porque, si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la

memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntáis quién somos, sois Pedro de Bustamante, tío mío.»

Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el jinete se arrojó del caballo y vino a abrazar al mozo, diciéndole: «¡Sobrino de mi alma y de mi vida! Ya te conozco y ya te he llorado por muerto yo, mi hermana, tu madre y todos los tuyos, que aún viven; que Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte. Ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y las de todos los desta compañía, comprendo que habéis tenido milagrosa libertad.

«—Así es—respondió el mozo—, y tiempo nos quedará para contároslo todo.»

Luego que los jinetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos a la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron a llevar la barca a la ciudad, diciéndoles dónde la habíamos dejado; otros nos subieron a las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tío del cristiano. Salíonos a recibir todo el pueblo; que ya de alguno que se había adelantado sabían la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha a ver a los unos y a los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazón estaba en su punto, así con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra, de cristianos, sin sobresalto de perderse; y esto le había sacado al rostro tales colores, que, si no es que la afición entonces me engañaba, osara decir que más hermosa criatura no había en el mundo, a lo menos que yo la hubiese visto.

Fuimos derechos a la iglesia, a dar gracias a Dios por la merced recebida; y así como en ella entró Zoraida, dijo que allí había rostros que se parecían a los de Lela Marien. Dijímosle que eran imágenes sayas; y como mejor se pudo, le dió el Renegado a entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fuera cada una de ellas la misma Lela Marien que la había hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron a todos en diferentes casas del pueblo; pero al Renegado, Zoraida y a mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como a su mismo hijo.

Seis días estuvimos en Vélez, al cabo de los cuales el Renegado, hecha su información de cuanto le convenía, se fué a la ciudad de Granada a redu-

cirse, por medio de la santa Inquisición, al gremio santísimo de la Iglesia; los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor les pareció. Solos quedamos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del francés le dió a Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene; y sirviéndola yo hasta agora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intención de ver si mi padre es vivo, o si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera fortuna que la mía; puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal, que me admira y me mueve a servirla todo el tiempo de mi vida; puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mía, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algún rincón donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos; que de mí sé decir que quisiera habérsela contado más brevemente; puesto que el temor de enfadaros, más de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII

*Que trata de lo que además sucedió en la venta,
y de otras muchas cosas dignas de saberse.*

Calló, en diciendo esto, el Cautivo, a quien don Fernando dijo:

—Por cierto, señor Capitán, el modo con que habéis contado este extraño suceso ha sido tal, que iguala a la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden a quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escuchalle, que, aunque nos hallara el día de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáranos que de nuevo se comenzara.

Y en diciendo esto, Cardenio y todos los demás se le ofrecieron con todo lo a ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el Capitán se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofreció don Fernando que si quería volverse con él, que él haría que el Marqués, su hermano, fuese padrino del bautismo de Zoraida

y que él, por su parte, le acomodaría de manera, que pudiese entrar en la tierra con la autoridad y cómodo que a su persona se debía. Todo lo agrada deció cortesísimamente el Cautivo; pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos.

En esto llegaba ya la media noche, y al mediar della llegó a la venta un coche con algunos hombres de a caballo, y pidieron posada; a quien la ventera respondió que no había en toda la venta un palmo desocupado.

—Pues, aunque eso sea—dijo uno de los de a caballo que habían entrado—no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene.

A este nombre se turbó la huéspedada, y dijo:

—Señor, lo que en ello hay es que no tengo camas; si es que su merced del señor Oidor la trae (que sí debe traer), entre en buena hora; que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar a su merced.

—Sea en buena hora—dijo el escudero.

Pero a este tiempo ya había salido del coche un hombre, que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenía, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas que vestía, mostraron ser oidor, como su criado había dicho. Traía de la mano a una doncella, al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que a todos puso en admiración su vista; de suerte que, a no haber visto a Dorotea y a Luscinda y Zoraida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse.

Hallóse Don Quijote al entrar del Oidor y de la doncella, y así como la vió, dijo:

—Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que, aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar a las armas y a las letras, y más si las armas y letras traen por guía y adalid a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta hermosa doncella, a quien deben, no sólo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos y dividirse y abajarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuesa merced, digo, en este paraíso; que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo; aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su extremo.

Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quijote, a quien se puso a mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó a admirar de nuevo cuando vió delante de sí a Luscinda, Dorotea y Zoraida, que, a las nuevas de los nuevos huéspedes, y a las que la ventera les había dado de la